

do por un artículo aparecido originalmente en la *Revista del Psicoanálisis* en 1947.

III

Lautréamont, cabe recordar, había sido una figura fundamental para los surrealistas, quienes desarrollaron la noción de automatismo respecto de su obra poética, los *Cantos de Maldoror*. En la Argentina, algunos de los *Cantos* fueron conocidos en la traducción de Rubén Darío, cuya lectura influyó a Leopoldo Lugones en uno de sus primeros poemas. Sin embargo, el ciclo surrealista tuvo corta vida en nuestro país, por lo que no existió un psicoanálisis literario que popularizase la obra freudiana antes de su entrada por la vía médica en los años treinta. A diferencia del encuentro frustrado entre Breton y Freud, el contacto de Pichon con la literatura en su obsesión por el tema de lo siniestro y, de forma más amplia, el que se produjo entre el primer círculo de psicoanalistas con escritores y artistas porteños en los años treinta y cuarenta, fue iniciado por los fundadores del psicoanálisis y no desde el campo literario. El grupo psicoanalítico se movía activamente en los circuitos de la producción cultural, pero el centro de la producción literaria, en particular la revista *Sur* que impuso el gusto literario a esa generación de argentinos, mostró escasísimo interés por el psicoanálisis y por los tópicos que conmovían al surrealismo: el automatismo, la muerte, el suicidio y el sexo. Victoria Ocampo, como Virginia Woolf, poco tenía en común con los gustos literarios o las obsesiones temáticas del psicoanálisis, y en su revista sólo apareció una nota sobre el escritor alemán con ocasión del octogésimo aniversario del nacimiento de Freud en 1936, recalcando sus reconocidos méritos literarios. Es más, Victoria Ocampo no comprendía la fascinación que el psicoanálisis ejercía sobre su amigo Waldo Frank y otros escritores norteamericanos. No era por ignorancia, ya que la literatura freudiana tuvo gran divulgación popular en los años treinta e influyó en numerosos escritores e incluso a un ensayista tan leído como Ezequiel Martínez Estrada.

Pichon se interesó vitalmente por la poesía de Lautréamont a partir de su encuentro con un paciente del hospicio —Edmundo Montagne, que investigaba la vida del poeta— todavía cuando era estudiante de medicina. También en esos años se vinculó con algunos escritores de la bohemia porteña, en particular Roberto Arlt. Tertulias literarias y, sobre todo, musicales, eran lugares de encuentro habitual entre psicoanalistas, escritores, pintores y, por supuesto, músicos. En los años cuarenta, cuando surgió en Buenos Aires un grupo de pintores con una nueva propuesta estética, se

produjo un encuentro en la calle Florida, que ellos solían recorrer con las pinturas colgando de sus cuellos. La primera exposición de arte concreto invención, que luego se nucleó bajo el nombre de arte Madí bajo el liderazgo de Gyula Kosice, tuvo lugar en la casa de Pichon-Rivière por invitación suya con la participación de varios psicoanalistas. Pichon también llevó a Batlle Planas al servicio de la psiquiatría infantojuvenil que dirigía en el Hospicio de las Mercedes, buscando canalizar de forma terapéutica los dibujos y pinturas de los jóvenes internados. Otros psicoanalistas se sintieron más atraídos por las posibilidades de la música. Arminda Aberastury, la esposa de Pichon, es un ejemplo. Enrique Racker, entrenado en filosofía en Europa y profesor de música antes de volcarse por entero al psicoanálisis, trabajó en esos años la vinculación entre el lenguaje musical y los procesos inconscientes que estudia el psicoanálisis.

Pichon subraya en su artículo de 1947 dos observaciones contenidas en Freud y en la literatura que él utilizó: por una parte, que lo siniestro se da cada vez que se desvanecen los límites entre lo fantástico y lo real, y por la otra, que se manifiesta por excelencia en el caso en que se duda de que un ser animado sea viviente e, inversamente, de que sea inanimado un ser sin vida. Muchas cosas que serían siniestras en la vida real, afirma Pichon, no lo son en la poesía o en los cuentos de hadas, dadas las convenciones que rigen su configuración. Muy distinto es el efecto sobre el lector, sin embargo, cuando el poeta aparenta situarse en el terreno de la realidad común, nos promete una realidad vulgar y luego se escapa de ella, haciéndonos caer en su trampa.

El abordaje de Pichon tiene, en sí mismo, algo de trampa poética y de literariamente siniestro, ya que se basa en una biografía de Lautréamont personaje real pero nunca queda claro cuánto hay de fantasía y cuánto de realidad en ella. Marcelo Pichon-Rivière publicó en 1992 una compilación de los manuscritos sobre Lautréamont, que en su mayoría habían quedado inéditos a la muerte de su padre. En el prólogo, el hijo nos aclara que cuando Pichon «hablaba de lo siniestro en la vida y en la obra del Conde de Lautréamont solía preferir las frases felices a las verdaderas. Y él mismo olvidaba los límites entre la realidad y el mito, porque estaba fascinado por la leyenda».

Pichon había revelado sus hallazgos por primera vez en una nota publicada en *La Nación* en abril de 1946, a los cien años del nacimiento de Isidoro Ducasse en Montevideo. La nota biográfica exponía datos de una investigación muy minuciosa, de corte policial, sobre Ducasse y su familia, basada en todo el material disponible y en diversas entrevistas, que concluyeron con un viaje que Pichon realizó a Córdoba para dialogar con los últimos parientes conocidos del poeta. La enorme abundancia de citas fácticas sin

mayor importancia, como los nombres de padres, tíos, abuelos y sobrinos de Isidoro Ducasse, fecha y hora de nacimiento o defunción, firma de testigos y forma de vestirse de algunos personajes de la historia, otorga verosimilitud total a un relato que subraya los huecos y las desapariciones, dando por sentado que la ausencia de información —por ejemplo, la imposibilidad de encontrar la tumba o un retrato del conde, la desaparición de textos y documentos personales o la muerte inexplicada de una persona que tuvo que ver con el poeta— obedece a una causalidad siniestra, es decir, a la voluntad del espíritu de Ducasse. Pichon insistirá durante muchos años en narrar asombrosas coincidencias para vincular la vida de Lautréamont con la suya propia o, si fuera el caso, con la del psicoanálisis: por ejemplo, afirmaba que la casa en la que visitó al psicoanalista francés Jacques Lacan en París era la misma que habitaba el último tutor y administrador del conde en esa ciudad, sugiriendo algo misterioso en una simple casualidad. En ningún momento reveló Pichon si había elementos de fantasía en su propio relato, pero sin duda los hubo, en particular cuando se extendió a su propia historia.

Dando vía libre a su imaginación, Pichon construyó una autobiografía en su diálogo con el escritor Vicente Zito Lema, *Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière*, a veces entremezclada con la biografía de Lautréamont, donde lo fantástico y lo real pierden distinción analítica. Allí construye una historia personal de su infancia y adolescencia, así como de su entrada en el psicoanálisis, destinada a reproducir los temas de la elaboración poética de Lautréamont: los misterios, las coincidencias, las muertes inexplicables, el pacto con la prostitución (Pichon atribuye sus primeras lecturas psicoanalíticas a la indicación del portero en una casa de putas). Al decir de su hijo Marcelo, Pichon vivió agobiado por la quimera del poeta maldito, que desde su tumba (nunca hallada) seguía dirigiendo asuntos mundanos de aquellos que se relacionaban con su historia. Marcelo relata que en sus años de adolescencia le gustaba pensar que la influencia dulcemente maléfica de Lautréamont se extendía a su propia vida, pero acabó descubriendo con los años «...que la fascinación de mi padre por lo siniestro era la fascinación del psicoanalista, de aquel que cura con las palabras» y también aprendió que los poetas se curan con la palabra escrita.

IV

El 12 de marzo de 1964, nos recuerda con exactitud Carlos Correas, Óscar Masotta presenta en el Instituto que dirigía Pichon-Rivière su primer trabajo sobre Jacques Lacan, hereje del movimiento psicoanalítico separa-

do desde 1953 de la asociación internacional. En ese momento Masotta ya había publicado los diversos ensayos que aparecerían al año siguiente en su libro *Sexo y traición en Roberto Arlt*. «Muchacho de barrio» porteño, como se define el propio Masotta y lo recuerda su amigo Correas, había encontrado una respuesta a la pregunta de quién era él y la colocaría como epílogo de aquel libro: «Roberto Arlt, yo mismo». Su identificación con Arlt, elaboración mediante los demás, de la delación y del sexo en ese autor y en su propia vida, era también producto de haber empezado a conocerse cuando, en 1960, «se quiebra» su salud mental, intenta suicidarse y se interna en una clínica, famosa en esa época por sus experimentos terapéuticos con el uso del ácido lisérgico, para someterse a un tratamiento psicoanalítico. La oferta psicoanalítica era muy cercana: en el círculo de sus amigos escritores y filósofos (Masotta menciona a Correas, Sebreli, Lafforgue, Rozitchner, Ismael y David Viñas, Verón, Marín, León Sigal) muchos se analizaban y algunos se reunían en un grupo liderado por Alberto Fontana, director de aquella clínica, para discutir sus problemas.

Masotta cuenta, en el mismo ensayo autobiográfico de 1965, que sus primeras experiencias con lo siniestro aparecieron durante sus tentativas literarias iniciales en los años cincuenta, momento en que «...quería ser escritor y cuando intentaba hacerlo encontraba que no conocía el nombre de las cosas... Lo siniestro era el descubrimiento de aquel idiotismo. Yo, seguramente un idiota mental, pretendía escribir. Tenía miedo». Del miedo de no saber el nombre de las cosas pasó luego al miedo de no saber quién era. El detonante de su quiebre psicológico fue, según su propio relato, la confrontación con su padre muerto después de una agonía de a dos, que Correas relata de la siguiente manera: «Roberto Atilio y Óscar Abelardo se amaban: el primero daba casa y comida al segundo, que gastaba su sueldo en compra de revistas y libros franceses e italianos. El primero era un mediocre y eficaz empleado bancario y un palurdo prejuicioso y racista; el segundo, imposible como empleado, era un pretendiente a intelectual amplio y punzante, de sagaces y tenues gradaciones y gustosamente proclive al dandysmo. El primero ambicionaba un hijo (su único hijo varón) “práctico y provechoso”; el segundo deseaba ser la cortesana de su padre para poder aplicarse, sin ansiedades, a las “preocupaciones teóricas”. Ambos se insultaban groseramente... pero se amaban».

La demanda terapéutica lo condujo, quizá de las propias manos de Pichon-Rivière, a encontrar los trabajos fundamentales de Jacques Lacan, aunque alguno de ellos aparecía citado en un artículo suyo de 1959. A partir de 1964, Masotta se convirtió en el gran introductor del pensamiento lacaniano al español, primero en la Argentina y luego, ya en los años setenta, por medio de sus publicaciones y del exilio, al resto del mundo de habla